

La crisis actual de los museos que han pretendido representar naciones en su totalidad, como aquellos surgidos después de las Independencias Nacionales de los países de América Latina y posteriormente en ellos, durante el Siglo XIX, como necesidad política del Estado-Nación, su promotor, se produce por el surgimiento de las identidades culturales múltiples dentro de una misma nación.

Hoy día este problema se agudiza y se acentúa además, por la tradicional fragmentación de la realidad, obedeciendo rígidamente a disciplinas académicas y no a una visión integral de la misma.

Este artículo antecede a otras publicaciones al respecto, que se presentarán más adelante tanto del mismo autor, como de otros.

GACETA DE MUSEOS
(F.L.F.)

Más allá del Museo Nacional

La reflexión sobre los Museos (su historia o razón de ser, su función social, que comprende entre otras cosas la Museología) es una disciplina que poco se ha desarrollado en el país, particularmente desde las regiones. Por ello acepté con gusto participar en esta mesa, dado que considero vital para la historia y los museos ampliar el debate sobre estas instituciones culturales y vincularlas a las transformaciones que en los últimos años ha tenido el país en diferentes ámbitos. Incluso, más directamente, repensar su función y contribución para el reconocimiento de un México plural que haga posible, ¿por qué no?, la poliarquía como democracia.¹



El título y esta pequeña introducción pueden hacer pensar que el presente texto es un alegato anticentralista, muy a tono con los procesos actuales de descentralización.

Sin embargo, la relación centro-regiones es más compleja que la simple crítica al centralismo. De hecho, el centralismo de corte autoritario que caracterizó a los orígenes del Estado mexicano tiene su explicación, paradójicamente, en la fortaleza de los cacicazgos regionales.²

1. De acuerdo con Robert Dahl, la poliarquía es un concepto que comprende al régimen de democracia moderno en el que existen diversos y plurales centros de poder, dentro de un proyecto común.

2. Para una reflexión más amplia sobre esta paradoja, puede verse mi libro: *Espacio regional y Estado-Nación*, UAA/ICA/CIEMA, 2000.

Hablar por lo tanto de “más allá del Museo Nacional”, además de un recuento de los momentos más decisivos en la construcción de esta institución, es un excelente pretexto para reflexionar sobre el contexto que le dio origen, es decir el nacionalismo antiliberal que ha enfatizado más la unidad que la pluralidad.

En los últimos años se han multiplicado el número de Museos y de instituciones culturales de carácter público en todo el país, a pesar de la crisis en las finanzas. Frente al tradicional centralismo, los Museos en las regiones cada vez adquieren más relevancia (no sólo en términos cuantitativos), dado que los recursos del Estado han comenzado a descentralizarse hacia estados y municipios.

Mas, al igual que en la historiografía mexicana, de una etapa en que predominaban las instituciones centrales, en la actualidad la fragmentación es una de las características de los tiempos. Esta tensión generada por un falso dilema, centralismo vs. regionalismo o unidad vs. fragmentación, junto con las significativas transformaciones de la sociedad mexicana plantean nuevos retos para las instituciones de cultura y especialmente para los Museos.

1. Museos e identidad

Podemos hablar de muchos y variados antecedentes de los Museos modernos (de los templos de las Musas, hijas de la Memoria, en la antigüedad clásica, pasando por los jardines de Moctezuma, hasta los gabinetes novo-hispanos, sin embargo creo necesario enfatizar que los Museos, como la cartografía, los censos y la historia patria, son producto del proceso de creación y conformación de los Estados nacionales.

Más aún, son parte sustancial del proceso de creación de “comunidades imaginarias” en donde están involucrados elementos propios de las identidades nacionales. El censo, el Mapa y el museo “marcaron profundamente la manera en

En los últimos años se han multiplicado el número de Museos y de instituciones culturales de carácter público en todo el país.

que el estado colonial imaginó sus dominios la forma en que los seres humanos son gobernados, la geografía de su dominio, y la legitimidad de sus ancestros.”³

Esta “legitimidad de los ancestros” que los Museos expresan, puede también conceptualizarse a partir de la “invención de tradiciones”, es decir, con el mismo proceso de formalización de rituales referidos al pasado, vinculados con la formación de los estados nacionales.⁴

Los Museos, por lo tanto, particularmente los de arqueología e historia, forman parte consustancial del proceso de construcción de identidades nacionales, es decir, de comunicaciones o tradiciones en común en donde la narrativa histórica enfatizó una historia político-descriptiva, particularmente de las élites, de héroes y villanos, con el propósito de homogeneizar y exaltar acciones heroicas de amor a la patria.

Si bien el nacionalismo le ha otorgado a la sociedad mexicana, por ejemplo, un espíritu y una fortaleza que ha permitido la construcción al menos de proyectos en común, también lo es que han existido momentos en los que nuestro nacionalismo se ha convertido no sólo en

3. BENEDICT ANDERSON, Chap. 10. "Census, Map, Museum".- *Imagined Communities*.- p.164. (1992).

4. v. HOBSBAWN, Eric and RANGER, Terence. *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1992.

antimperialista sino también en xenofóbico, en claro rechazo a lo que nos parece ajeno. Esta característica si bien fortaleció la unidad, y la necesidad de un Museo nacional, terminó por impedir la riqueza y contradicciones de la cultura mexicana, singular como pocas por sus interacciones.⁵

Así, las políticas de identidad, que se han puesto de moda en los últimos años, tienen su expresión también en los Museos. Históricamente se pueden observar en la construcción del gran Museo nacional, proceso que culmina en 1964, pero que ahora se expresan en los regionalismos fortalecidos y también museografiados dada la crisis del estado central.

Lo anterior nos advierte, además, de que el papel de los Museos no ha sido libre de valores; por el contrario, ha estado íntimamente vinculado a políticas culturales que fomentan valores identitarios no siempre a favor de la pluralidad y el respeto.

En palabras de uno de los promotores de la Nueva Museología: “los Museos son algo más que lugares de estudio, educación o entretenimiento. El solo acto de coleccionar tiene una dimensión política, ideológica o estética que no puede ser ignorada”.⁶

El primer “Museo Mexicano”, como se sabe, fue producto de la ilustración borbónica, formada con las colecciones del gabinete de Historia Natural, y albergado en las instalaciones de la Universidad.

2. Los orígenes de la museología arcaica

Históricamente, el nacionalismo mexicano ha reivindicado la unidad más que la libertad, por las contradicciones mismas en el proceso de construcción del Estado moderno.

A la caída del imperio español, los grupos oligárquicos regionales reivindicaron viejos privilegios y acentuaron la fragmentación económica, política y social heredada de la colonia. De tal manera que la centralización política, propia de todo Estado, se realizó acentuando los poderes de la figura presidencial (el “poder despótico”), mas no la capacidad de las instituciones para concretar programas sociales (el “poder infraestructural”).⁷

El primer “Museo Mexicano”, como se sabe, fue producto de la ilustración borbónica, formada con las colecciones del gabinete de Historia Natural, y albergado en las instalaciones de la Universidad. Sin embargo, no sería sino 1822 que Lucas Alamán reorganizaría este Museo al grado de ser considerado por Carlos Ma. Bustamante como el “fundador del Museo Mexicano”.

Lucas Alamán fue de los pocos observadores, junto con Fray Servando Teresa de Mier, del “provincialismo”, es decir, de la tendencia a fortalecer los poderes regionales a costa del Estado central, proceso que marcaría la historia política nacional y la centralización autoritaria, ya que la fuerza de los grupos oligárquicos lo-

5. Se puede distinguir entre un nacionalismo positivo y otro negativo, el primero que podríamos llamar cívico, el otro ético: uno reivindica la libertad, el otro el sentido de pertenencia. Esta diferenciación de Isahia Berlin es importante porque, como veremos, los Museos pueden influir en una u otra política.

6. “Introduction”.- en: *The New Museology*. (1989).

7. Esta diferenciación entre poder “despótico” e “infraestructural” puede consultarse en John A. Hall y G. John Ikenberry, *El Estado, Nueva Imagen*, 1991.



cales condicionaría el proceso de centralización propio de todo Estado moderno.

En marzo de 1825, Guadalupe Victoria, primer presidente mexicano, creó oficialmente el Museo Nacional, dentro de las mismas instalaciones universitarias. El cambio en todo caso es que los objetos y antigüedades se transformaron en símbolos patrios, en una arqueología que nutriría los afanes nacionalistas.

Se ha dicho frecuentemente cómo el nacionalismo criollo se conformó a partir de una visión idílica de las comunidades indígenas, muy semejantes a las pinturas decimonónicas en donde la población prehispánica aparecía con cuerpos de modelos clásicos, de acuerdo a los moldes de la Academia. La arqueología y la historia como parte fundamental de la invención de tradiciones nacionalistas.

No sería sino hasta la república restaurada en que el Museo Nacional se consolida, incluso en un nuevo espacio (el actual Museo de las Culturas) que albergaría con especiales propósitos las piezas arqueológicas prehispánicas, además de vincularse estrechamente a la política educativa del nuevo régimen.

De hecho, como parte del establecimiento de nuevos rituales, la Ley Orgánica establecía

que los profesores del Museo impartieran “lecciones orales” los domingos, con el fin de difundir conocimientos útiles a la población en general, en un intento por sustituir los viejos rituales religiosos, reproduciéndolos a través del nacionalismo.

El uso de la arqueología tanto en Museos como en exposiciones (vgr. el Pabellón mexicano en París en 1889 con los bronce del paisano Jesús F. Contreras y el proyecto arqueológico de Antonio Peñafiel), más que una falsificación de la imagen del país,⁸ sería una representación de un nacionalismo impregnado de consideraciones étnicas o de claro racismo que, desafortunadamente, definiría a la nación estrechamente, soportando culturalmente las raíces autoritarias de nuestro Estado.

3. La identidad reinventada: el Estado Posrevolucionario

En términos historiográficos, la revolución mexicana ha sido una de las temáticas más “revisadas” de los últimos años. Para algunos autores, incluso, más que revolución habría que hablar de sólo una gran rebelión, cuestionando los cambios y acentuando más las continuidades con el antiguo régimen.

Una de las transformaciones, sin embargo, que pueden reconocerse a partir del proceso revolucionario tiene que ver con la fuente de legitimidad del Estado, es decir con la incorporación de nuevos grupos en la arena pública pero también con las fuentes culturales del nacionalismo.

Frente al Estado oligárquico del Porfiriato, la ampliación de los espacios educativos y el flo-

⁸ FERNÁNDEZ, Miguel Angel. *Historia de los Museos de México*. - México: Banamex, 1987.- sigue siendo la mejor introducción a esta historia.

recimiento de las artes representaron un cambio no sólo institucional sino también en las mentalidades colectivas. El imaginario del mexicano se transforma y, quizá por primera vez, se reconocen como parte de una misma nación yucatecos y chiapanecos y sonorenses, jaliscienses y regiomontanos.

Las bases culturales del Estado igualmente se amplían no sólo por la primera generación de

La crisis del nacionalismo mexicano ha representado también la crisis de su representación museística, a partir de la multiplicación y fragmentación de las propuestas.

muralistas y músicos y poetas revolucionarios, sino por la incorporación de la vanguardia artística que vio en la provincia la posibilidad de construir otra modernidad nacionalista (pienso, sobre todo, en López Velarde y en Manuel M. Ponce). Sin embargo, a partir de la institucionalización del régimen, un solo partido intentó apropiarse del Estado, un Estado afortunadamente más plural que el propio partido, reforzando las líneas autoritarias del nacionalismo mexicano.

El gran acontecimiento museístico en estos años lo fue sin duda la creación del Museo Nacional de Antropología (1964), sintetizando gran parte de la historia del Museo nacional. Puede verse también como un gran símbolo en la construcción del Estado, dado que cultura y nacionalismo han estado permanentemente vinculados.

Así, este museo nacional no sólo representa la culminación de viejos proyectos, sino tam-

bién la incorporación de la arqueología y la historia como parte del imaginario nacional, de un Estado posrevolucionario que retoma originalmente la rebelión de las regiones para integrarlas e institucionalizarlas en un régimen autoritario. La integración implicó la reconstrucción de cacicazgos regionales bajo un nacionalismo estrecho, xenofóbico y poco respetuoso de las diferencias.

En este sentido la crisis del nacionalismo mexicano ha representado también la crisis de su representación museística, a partir de la multiplicación y fragmentación de las propuestas. De ahí que sea necesario replantearse la función, o mejor contribución de los museos a la consolidación democrática del país.

4. Más allá del Museo Nacional: Una nueva historia para nuevos museos

La trágica expresión de la crisis del nacionalismo autoritario fue a tan sólo cuatro años de inaugurado el Museo Nacional de Antropología e Historia. A partir de entonces, la historiografía regional comenzó no sólo a estudiar el México plural, sino también a cuestionar las viejas formas de la historia nacionalista, en una clara venganza al centralismo, como lo dijera Luis González.

Sin embargo la historia regional, como lo he tratado de mostrar en otras partes,⁹ si bien se originó como parte de una “revolución historiográfica”, ha terminado por reproducir a la historia positivista decimonónica, justificando con ello a las elites regionales.

Ahora bien, la mayor parte de los Museos locales y regionales fueron creados precisamente en el momento del “boom” de los estudios regionales, al mismo tiempo en que los archivos

9. GONZÁLEZ ESPARZA, Víctor M. “Una Historia Cultural para las regiones”. - conferencia magistral pronunciada en el Coloquio de Historia Cultural de la Universidad de Zacatecas, celebrado en la ciudad de Zacatecas los días 28 y 29 de marzo.

históricos estatales y municipales se consolidaban institucionalmente.

El INAH de hecho participó de manera central en este “boom”, ya que en la actualidad coordina 110 Museos: 5 Nacionales, 21 Regionales, 43 Locales, 39 de Sitio, 3 Centros Comunitarios y 2 Museos Metropolitanos.

Estas cifras nos dan una idea precisamente de la intensa labor del INAH en los diferentes estados de la República, si bien su participación en la descentralización se concretó a ampliar la cobertura de la institución en diferentes estados.

Ahora bien, dadas las transformaciones de los últimos años en diferentes ámbitos: sociales, políticos, historiográficos, museísticos, etc., y de acuerdo a las tendencias en la distribución de los recursos a favor por ejemplo de los municipios,¹⁰ pareciera que las instituciones pre-existentes son más una carga que una oportunidad.

Todo ello implica como parte de un proceso más amplio de desconcentración, en donde desafortunadamente no se ha distinguido entre ésta

y la descentralización democrática, lo cual implicaría no el desmantelamiento sino la fortaleza del poder “infraestructural” de la federación.

Lo anterior implicaría, en términos concretos, fortalecer las actividades del INAH en términos museísticos, dado que es la institución en el país que tiene la posibilidad de renovar museísticamente la relación entre centro y regiones, y evitar con ello una mayor pulverización de los recursos.

Para encabezar este proyecto, por parte, el INAH necesita iniciar un proceso de reforma que le permita encauzar las diferentes dinámicas regionales, creando los mecanismos institucionales para su mejor representación en los diferentes estados. Porque la democracia pasa necesariamente por la reforma de las instituciones, no en su desintegración o abandono..

Por otra parte, la idea de ciudadanizar del actual Programa Nacional de Cultura presupone la “descentralización” de los recursos a los municipios, olvidando que el concepto republicano de ciudadanía enfatiza la construcción de una cultura política desde los derechos individuales, por lo que se opone precisamente al fortalecimiento de los cacicazgos regionales o a cualquier tipo de populismo o demagogia.

Descentralizar y ciudadanizar, en otras palabras, pasa necesariamente por la consolidación de instituciones en términos democráticos, no por acelerar la fragmentación.

Lo anterior puede parecer una defensa de las instituciones centrales y en particular del INAH. Sin embargo, la clave está en un proyecto de reforma de las instituciones de cultura en el país, proyecto que haga posible la reconstrucción democrática de una legitimidad perdida del Estado central.



¹⁰. CONACULTA, por ejemplo, ha anunciado que habrá mayores recursos para los municipios, como si ello garantizara la “ciudadanización de la cultura”. *V. Reforma*, 4 de octubre del 2001.

Se requieren por lo tanto nuevas formas de colaboración entre los tres niveles de gobierno, en donde el federalismo no se confunda más con el centralismo. Porque federar significa unir lo dividido, no incrementar las diferencias. Este debate se encuentra de hecho presente en nuestros Museos.

Los contenidos de los Museos Regionales, por ejemplo, se realizaron a partir de una periodización centralista, en la que había que encajonar las diferentes temáticas regionales, buscando en el mejor de los casos un equilibrio entre lo nacional y lo regional.

En la práctica, dado el tipo de objetos exhibidos y el discurso museológico, sólo las élites nacionales y regionales tenían expresión clara en la museografía, dejando de lado las posibilidades más amplias de una historia social y cultural.

En la actualidad, sin embargo, la tendencia en los Museos Regionales, dadas las dificultades financieras de la federación, ha sido enfatizar los aspectos estrictamente locales, dejando de lado el contexto más amplio en el que habría que colocar las reestructuraciones museográficas, como parte precisamente de la escasa o nula reflexión museológica.

Los Museos Regionales, pero también los de arte contemporáneo en las regiones, más que la representación y justificación del imaginario de las élites regionales, pueden contribuir a la

ampliación de nuestra memoria colectiva, reconociendo la pluralidad de las interacciones, para con ello contribuir a la consolidación de la democracia en el país.

Se trata pues de mantener la tensión creativa entre lo nacional y lo regional, entre el centro y la federación, a fin de que el mismo discurso historiográfico gane en complejidad, si bien su puesta museográfica mantenga el atractivo para diferentes públicos.

Los Museos Regionales, los de arte contemporáneo en las regiones, pueden contribuir a la ampliación de nuestra memoria colectiva, reconociendo la pluralidad de las interacciones, para con ello contribuir a la consolidación de la democracia en el país.

Porque los museos, de acuerdo a la Nueva Museología, pueden dejar de ser “templos” para el estudio y la conservación, para convertirse en “foros” en donde el debate y la reflexión histórica sean su razón de ser en estos tiempos críticos.¹¹

Ello implica no sólo el acercamiento a los diferentes públicos más allá de las encuestas para medir las percepciones, implica también la construcción de una nueva política cultural para los Museos particularmente del Estado.

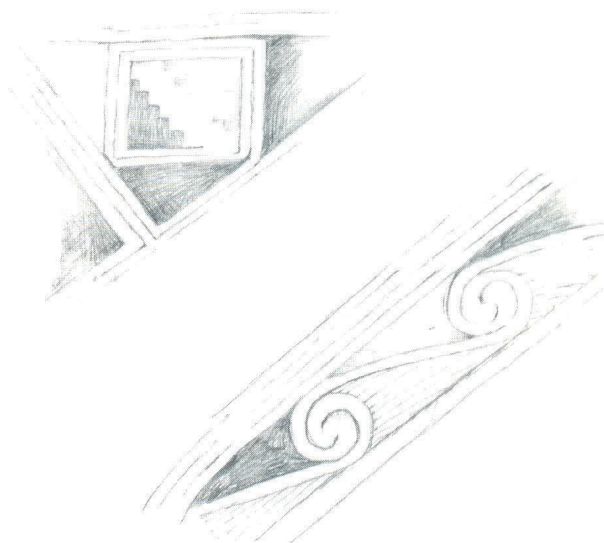
Se ha repetido constantemente en últimas fechas que los Museos mexicanos están en crisis. En este texto he comentado que esta crisis corresponde más al nacionalismo del cual surgieron, particularmente por su vínculo y legitimación de un régimen autoritario, en donde la propuesta de una identidad nacional se realizó a partir de concepciones unívocas al interior, de xenofobia hacia el exterior, en un proceso de justificación de las élites nacionales y regionales.

11. v. Ivan Karp and Steven D. Lavine ed., *Exhibiting Cultures, The Poetics and Politics of Museum Display*, Smithsonian Institution Press, 1991, “Introduction, Museums and Multiculturalism”.

Pero las crisis son también oportunidades, particularmente en estos momentos en que es necesario una nueva historia en común, no sólo para desmitificar a los héroes, sino para reconocernos en un México plural, no fragmentado, y efectivamente democrático, es decir, en donde libertades y derechos sean parte consustancial de todos los ciudadanos, más allá incluso de las raíces étnicas.

Los Museos en general, más allá del tradicional reclamo de las regiones frente al centro, pueden formar parte de una nueva historiografía nacional en donde se puedan expresar diferentes culturas y regiones, pero dentro de un contexto que enfatice el respeto al otro, los diálogos interculturales que nos han conformado históricamente, más allá de una identidad nacional unívoca y excluyente.

Para ello, como lo he comentado hasta aquí es necesario reformar las instituciones culturales y en particular los Museos, a fin de que reconstruyamos una imagen diversa y tolerante de una patria común, más allá ciertamente del Museo Nacional. Logrado ello, entonces podríamos hablar de que la cultura comienza a pertenecer a los ciudadanos.



POR VÍCTOR M. GONZÁLEZ ESPARZA
DIRECTOR DEL MUSEO REGIONAL DE AGUASCALIENTES.
CNME - INAH

Conferencia presentada en el VII Coloquio Internacional de Tierra Adentro, celebrado en Aguascalientes los días 7,8 y 9 de noviembre del 2001.



GACETA
DE
MUSEOS